

Exégesis e intertextualidad en la literatura, la historia y la educación



Ma. de Lourdes Ortiz Sánchez,
Salvador Vera Ponce,
Irma Guadalupe Villasana Mercado,
Maureen Sophia Harkins Kenning
(coordinadores)



CRÓNICA
DEL
ESTADO
DE
ZACATECAS



Primera edición 2015

LOS TRABAJOS DEL PRESENTE LIBRO SE DICTAMINARON
MEDIANTE EL SISTEMA DE PARES CIEGOS

*EXÉGESIS E INTERTEXTUALIDAD EN LA LITERATURA,
LA HISTORIA Y LA EDUCACIÓN*

DERECHOS RESERVADOS

© Ma. de Lourdes Ortiz Sánchez,
Salvador Vera Ponce,
Irma Guadalupe Villasana Mercado,
Maureen Sophia Harkins Kenning
(coordinadores)

© Taberna Librería Editores, 2015
Víctor Rosales 156, Centro
98000, Zacatecas, Zacatecas
Tel. (01492) 154 5448
tabernalibrariaeditores@gmail.com

Edición y diseño: Juan José Macías
Corrección de estilo: Irma Guadalupe Villasana Mercado
y Valeria Moncada León

ISBN: 978-607-8056-39-2

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

NOTA. Los autores son responsables del contenido de sus artículos, de la precisión de las citas y atribución correcta de los derechos legales.

Impreso y hecho en México

La herejía femenina de la Nueva España: la escritura de Joaquina de Fuentes,
transgresora de la Colonia del siglo XVIII 104
LAURA ELENA DE JESÚS RAMÍREZ RAMÍREZ
CARMEN FERNÁNDEZ GALÁN MONTEMAYOR

Mito y símbolo: un acercamiento a la obra de Esther Seligson 113
CLAUDIA LILIANA GONZÁLEZ NÚÑEZ

Sor Juana y una genealogía femenina 123
DORA MA. DE LA TORRE LOZANO
MARTHA GUERRERO ORTIZ

El tópico amoroso en el soneto 26 de Luis de Sandoval Zapata 138
PATRICIA IRETA GÓMEZ

2. EL EROTISMO EN TIEMPOS DE BRUJAS

Mal de amor. El amor como conceptualización
maligna en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez 154
GRACIELA DÍAZ MÁRQUEZ

Lo simbólico y lo pedagógico en
La llama doble. Amor y erotismo de Octavio Paz 170
ROSA MARÍA HERNÁNDEZ GARCÍA

El chamuco fue un reformista (Fernández de Lizardi y el clero) 185
MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL

3. DE HISTORIA, LITERATURA Y POLÍTICA

El pueblo y el Soberano Congreso en las publicaciones
de José Joaquín Fernández de Lizardi 202
MA. DE LOURDES ORTIZ SÁNCHEZ
SALVADOR VERA PONCE

<i>Terra nostra, ¿una sátira menipea?</i> TATIANA BUBNOVA	216
La ficción breve en Guillermo Samperio YAMILET VERÓNICA FAJARDO VEYNA	233
La narrativa del exilio español en la historiografía literaria: memoria, política y canon ILIANA OLMEDO	244
La crítica literaria ante las escritoras mexicanas del siglo XIX LETICIA ROMERO CHUMACERO	261
¡Por un Arte Libre! La segunda época de la <i>Revista Azul</i> y la Protesta Literaria FERNANDO VILLEGAS MARTÍNEZ	271
El estado actual de la práctica docente en México SAMUEL MUÑOZ CARRILLO	286
La educación en México desde sus protagonistas: <i>Ulises criollo</i> de José Vasconcelos y su lectura en tiempos de globalización GLORIA TRUJILLO MOLINA	303
Situación sociopolítica y origen de la Revolución Mexicana en la novela <i>Nieves</i> de José López Portillo y Rojas SALVADOR VERA PONCE	316
El lenguaje con fines pedagógicos y moralizantes en <i>La Quijotita y su prima</i> MA. DE LOURDES ORTIZ SÁNCHEZ	332
 4. LITERATURA DE AQUÍ Y DE ALLÁ	
Octavio Paz: un personaje de ficción FRANCISCO JAVIER HERNÁNDEZ QUEZADA VÍCTOR FERNANDO ZATARAIN	346

EL LENGUAJE CON FINES PEDAGÓGICOS Y MORALIZANTES EN LA QUIJOTITA Y SU PRIMA

MA. DE LOURDES ORTIZ SÁNCHEZ
Universidad Autónoma de Zacatecas

RESUMEN

Las obras de Fernández de Lizardi, en general, se orientan hacia los aspectos pedagógicos y moralizantes; el autor demostró interés por la educación de los lectores al plantear una serie de reformas en torno a la educación institucional, pero también se preocupó por la educación al interior del espacio doméstico, es decir, para él la educación iniciaba dentro de la familia, por lo cual consideró necesario que los progenitores se asumieran como los pedagogos de sus hijos; la responsabilidad recaía en la figura del padre y pensó en la madre como la principal colaboradora. En *La Quijotita y su prima...* se plantea un modelo de familia moderna, ideal, que educa a la hija en los valores, la religión y las virtudes, por lo cual se identifica un tono de prédica moralizante, se utilizan una serie de recursos lingüísticos, un discurso aleccionador y moralizante, que busca hacer contundente el mensaje dirigido a los lectores.

Palabras claves: Educación, moral, lenguaje, literatura, lectores.

I. INTRODUCCIÓN

La literatura ha tenido de forma tradicional una orientación pedagógica y moralizante; en ciertas épocas, por ejemplo en los siglos XVI, XVII y XVIII, bajo las influencias del humanismo renacentista, así como de las corrientes barroca y neoclásica, se sacrificó lo literario, lo estético, porque los escritores consideraron más importante educar a los lectores, darles lecciones de moral, de buen gusto; es decir, indicarles mediante ejemplos, lo que estaba bien y lo pernicioso, lo permitido y lo proscrito, retomaron el principio horaciano, *dulce et utile*, de lo agradable y lo útil, divertirse

leyendo pero también cultivarse, aprender nociones de moral y de buen gusto (Warren, 1993).

En términos literarios la materia prima de las obras literarias es el lenguaje, pero, a diferencia de otras artes, como en la escultura o la arquitectura, no es materia inerte, bloques de piedra, madera o metales. Gómez Redondo aclara que “[...] el escritor actúa sobre unos ‘materiales lingüísticos’ que no puede modificar a su personal antojo, porque los ha recibido ya plenamente configurados por una tradición (normativa y sistemática) que los ha convertido en signos ante los que tendrá que reaccionar de un modo o de otro, ante lo que no podrá permanecer impassible [...]” (Gómez, 2006: 18). El lenguaje es, pues, un fenómeno social y cultural que va más allá del individuo.

El escritor tiene el lenguaje a su disposición, si bien, su actitud es distinta a la de los demás hablantes, porque, en su caso, utiliza el lenguaje con intención estética y no de forma utilitaria; se debe aclarar que el lenguaje adquiere tonos característicos de acuerdo a los usos; sin embargo, Julián Moreiro aclara:

El uso literario de la lengua se relaciona con el uso cotidiano más de lo que parece. El escritor intenta emocionar, divertir, sorprender y, sobre todo, comunicar sentimientos. [...] La diferencia radica en que el texto literario sabe aprovechar las posibilidades del idioma para crear un lenguaje cargado de expresividad, de matices significativos y sugerencias hasta alcanzar un grado de comunicación más profundo [...] (Moreiro, 2004: 31-32).

Por lo tanto, el lenguaje del escritor es de un nivel de comunicación diferente al de cualquier hablante.

En relación a las competencias lingüísticas utilizadas en las obras literarias, es importante demostrar en qué sentido los contenidos de una obra son expresados como una vivencia personal; resulta indudable que las palabras comunican experiencias humanas, sin embargo, se puede afirmar que se trata de experiencias privilegiadas por el artificio que, encerrándolas dentro de la forma poética, las remite a la esfera imaginaria, donde quedan aisladas y preservadas, manteniendo una virtud permanente (Ayala, 1984). El lenguaje es creación humana, ya que semánticamente contiene la herencia cultural de un grupo lingüístico determinado.

A través de la lectura se genera un proceso de comunicación entre la obra literaria, de cualquier género, y los lectores de distintas épocas. Sin

embargo, se debe distinguir entre lenguaje denotativo, que cumple con una función concreta, se trata del lenguaje de las ciencias duras, que emplea un sistema de signos que corresponden con la cosa designada, como en la lógica o en las matemáticas. Asimismo, el lenguaje connotativo es pluri-significativo, poético y particular de la obra literaria; abunda en ambigüedades, homonimias, categorías comprensibles sólo en el universo literario, cargado de accidentes históricos, recuerdos y asociaciones; cumple con una función expresiva, emocional, además, incide en el signo mismo, en el simbolismo fónico del significante (Warren, 1993).

En el plano connotativo, “[...] las palabras alcanzan peculiares valores semánticos, de cuya unión, de cuya vinculación puede surgir un nuevo concepto, una nueva visión de la realidad a la que el creador accede de una manera imprevista” (Ayala, 1984: 23). El lenguaje literario crea su propio referente, su mundo, utiliza procedimientos gramaticales idénticos a los del habla cotidiana, pero en distinto nivel; sus méritos consisten en contribuir a la fijación del idioma, conservar usos de la lengua arcaicos y aportar expresiones lingüísticas a nivel sintáctico y semántico; incluso, el lenguaje literario llega a disolverse, mediante el fenómeno de la ambigüedad, en series de imágenes diversas que conducen a otra visión de la realidad, de la que la obra es simple transmisora (Ayala, 1993).

El lenguaje literario se renueva, se transforma pese a ser lo más empleado por los individuos, lo importante no es lo que se dice, sino cómo se expresa, cómo se recrea una faceta emotiva o esa imagen de la realidad que se desea transmitir a los lectores-receptores; la labor de los críticos consiste buscar la originalidad de la obra, no en el contenido sino en la forma, en el estilo, que son los aspectos en los que el escritor puede desarrollar su personalidad creativa y comunicar su particular visión de la realidad; en ese sentido, el lenguaje literario constituye una forma especial de conocimiento (Gómez, 2006).

Rafael Lapesa expresa que el lenguaje literario, aparte de tener propiedades como la claridad, la armonía, la abundancia y energía expresiva, puede ser figurado, es decir, cuando las palabras adquieren un cierto vigor semántico. En ese sentido, el lenguaje literario tiene cualidades distintivas porque emplea recursos como la metáfora, la alegoría, el símil, la hipérbole, la ironía, la antítesis, con los cuales se construyen una serie de imágenes y se dota al discurso de fuerza expresiva y contundencia. Además, “El lenguaje literario amplía y enriquece el léxico y afina los matices significativos

con una incesante labor creadora; elige unas formas expresivas y otras, con lo que contribuye a la fijación del idioma” (Lapesa, 1997: 30).

Los escritores encabalgados entre el siglo XVIII y XIX, cuyas obras se pueden ubicar en la corriente neoclásica con ligera influencia del romanticismo, como en el caso de Fernández de Lizardi, quien se enfocó hacia lo educativo y moralizante y lo expresó mediante diversos recursos lingüísticos, como la burla, la ironía, el símil o comparación, la confrontación de las costumbres consideradas moralmente malas, perniciosas, con las que consideró ideales para construir un modelo de familia moderna y que inclinaban a los individuos al bien, a la práctica de las virtudes, lo cual constituye el objetivo del presente ensayo, en concreto, en la obra *La educación de las mujeres o La quiijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencia de novela*. Se hará un tipo de lectura simultánea, en la que se respetará el orden de la escritura, esto es, atendiendo cada línea, y párrafos, además, se considerarán los recursos del lenguaje, el estilo del autor, así como su intención discursiva. La metodología a seguir será la siguiente: en la primera parte se discutirá en torno al lenguaje literario o connotativo, la distinción respecto al lenguaje denotativo o de las ciencias duras, después se reflexionará en torno al estilo del autor, y, por último, el lenguaje como recurso de persuasión, ya que el autor concedió especial importancia a las funciones didáctica y moralizante.

II. EL ESTILO DEL AUTOR EN LA OBRA

El tono que se emplea en una obra literaria es importante, ya que “[...] es resultado de la postura espiritual que el autor adopta frente al asunto; así puede hablarse de tono solemne, majestuoso, patético, grave, familiar, festivo, burlesco [...]” (Lapesa, 1997: 54). El autor identifica distintos estilos que varían en los escritores, por ejemplo, el cortado, en el que prevalece la frase breve; el periódico, en el que se emplean períodos largos, oraciones compuestas, y se busca producir cierto efecto sonoro; el estilo mixto, que sería un término medio o combinación de los anteriores.

Al respecto, de José Joaquín Fernández de Lizardi se puede afirmar que emplea el estilo periódico, pues las oraciones que construye para explicar su propuesta pedagógica femenina son de una extensión importante, con el uso de la coma, el punto y coma; y los párrafos tienen una extensión de

hasta veinte renglones. Desde el principio de la obra se evidencia que el autor construye una obra de una amplitud considerable; en ese sentido, le resulta pertinente utilizar el género novelesco para exponer una crítica a las costumbres tradicionales, así como explicar sus ideas y propuestas en torno a la educación femenina. La obra cuenta con quinientas treinta y dos páginas en la edición consultada, con extensos discursos o prédicas, en torno a la educación de las mujeres en distintos ámbitos, sobre todo, en el familiar y a lo largo de las diferentes etapas de la vida.

El autor hace evidente la intención didáctica y moralizante de la obra en las primeras páginas, si bien no se apega del todo a la máxima horaciana de instruir deleitando, aunque lo promete al principio, porque en la obra hay pocas acciones y esto hace lento el desarrollo, pero de cualquier manera el autor ridiculiza en varios momentos la ignorancia, la superstición y las costumbres tradicionales. La obra a nivel de la trama es reducida, ya que se puede sintetizar en la historia vital de las familias Linarte y Langaruto, la buena y la mala educación, así como la humillación moral y social de Pomposa y Eufrosina por no llevar una vida social sensata y apegada a las buenas costumbres, por descuidar su educación. El autor expresó en las advertencias preliminares: “[...] me determiné a escribir esta obrita, considerando que acaso podría ser de provecho a no pocas personas; y como al escribir trato de conciliar mi interés particular con la utilidad común, de ahí es que muchas veces atropello a sabiendas con las reglas del arte cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este o del otro modo” (Fernández, 1980:10).

La responsabilidad discursiva recae, principalmente, en el personaje Rodrigo Linarte, a quien no se puede evitar relacionar con el autor de la obra *La educación de las mujeres o La quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencia de novela*. Este personaje representa al padre y esposo modelo, quien tiene una edad en la cual las ideas han madurado y las experiencias se han acumulado, por lo cual, desde el principio se erige como una autoridad en materia de educación y de moral, incluso, a partir de la conducta de Pomposa y su madre, predice que éstas, de forma inevitable, se degradarán en todos los aspectos.

El primer rasgo que se identifica es la presentación de los personajes, los buenos y los malos, los moderados y los sensatos, frente a los viciosos y descarriados. En toda la obra se manejan los contrastes, es decir, no sólo se muestra cómo actúan unos, sino que en varios momentos se ejemplifica en

lo positivo y en lo negativo, para que los lectores vean lo que puede pasar cuando se lleva una vida libertina y mundana, así como las consecuencias positivas de una educación bien dirigida por el jefe de familia. El autor pretende que sus receptores simpaticen con los virtuosos y desprecien a los libertinos.

Francisco Ayala señala que rara vez se crea una obra con una intención estética; por lo general, los escritores lo hacen con fines de promover la edificación moral, o bien, algunos escriben para denunciar algunas situaciones a nivel social, como en el caso de José Joaquín Fernández de Lizardi, o por deseo de lucro, para satisfacer la vanidad, incluso, para conseguir trascender de forma perdurable, por lo cual aclara que para que un texto sea considerado una obra de arte “La calidad artística dependerá, entonces, de que la estructura verbal creada, la configuración de lenguaje, sea adecuada, para encerrar cabalmente el contenido proyectado, confiriéndole así una cierta autonomía, frente a la contingencia histórica [...]” (Ayala, 1984: 15). En ese sentido, resulta pertinente analizar los recursos que utiliza Fernández de Lizardi para educar a las mujeres.

Otro recurso que se utiliza de forma constante en la obra, es la extensa prédica pedagógica en torno a los primeros cuidados que deben recibir las niñas, que inicia desde el primer capítulo y termina en el tercero, cubriendo un total de sesenta y nueve páginas, lo cual evidencia el detenimiento con el cual el autor expone sus reflexiones sobre la educación de las mujeres. En ocasiones, Fernández de Lizardi se olvida de sus personajes femeninos y masculinos, ya que sólo se escucha su voz que aconseja, recomienda, incluso, regaña a los lectores.

Un elemento utilizado con cierta frecuencia es la digresión; es decir, el hilo conductor del relato en torno a las acciones y actitudes de los personajes que integran las familias Linarte y Langaruto se desvía para relatar una historia independiente, que, en este caso, ayuda a reforzar sus ideas en torno a la conveniencia de educar con esmero a las mujeres y no exponerlas a las tentaciones y peligros mundanos. El autor, a través de sus personajes, advierte de forma constante sobre los peligros que acechan a las mujeres; además, para que fructifiquen las máximas morales deben estar dispuestas para recibir las.

El autor educa mediante el discurso, pero también aludiendo a las digresiones, que se entienden como “interrupción del discurso, en alguna medida justificada, del hilo temático del discurso, antes de que se haya

completado una de sus partes, dándoles un desarrollo inesperado con el objeto de narrar una anécdota, dar cuenta de una evocación, describir un paisaje, un objeto, una situación, introducir una comparación [...]” (Beristáin, 2006:151). Si bien es un recurso pertinente porque ayuda a ejemplificar y comparar, resulta arriesgado cuando se prolonga porque puede romper la unidad narrativa. Sin embargo, este peligro se ve superado cuando al autor sigue formas tradicionales, es decir, retoma el esquema bíblico aleccionador para alertar a los padres.

En el caso de la historia de la joven a la que intentó engañar el viejo enamorado, y que recuerda el pasaje que relata la historia de la casta Susana asediada por dos viejos, se justifica, ya que se emplea con la finalidad de advertir sobre los embustes y picardías de un hombre, quien intentó aprovecharse y al ser rechazado intrigó contra la joven mujer, incluso, consiguió que la madre la golpeará y la despreciara, pues la demeritó en su honor; sin embargo, después se descubren las intrigas del viejo, quien es obligado a confesar; por lo cual, la enseñanza consiste en advertir a las madres que desconfíen de los hombres que parecen virtuosos, porque en realidad resultan ser lobos al acecho de su presa. El autor también utiliza la historia de Tulitas, para advertir a las madres respecto a las intenciones de los viejos, que en muchos casos sólo quieren aprovechar la situación y seducir a las jóvenes.

El idilio entre Carlota y Wélster, es el recurso digresivo más extenso de la obra, ya que abarca varios capítulos y aquí sí se puede decir que se rompe con la unidad narrativa por la extensión de la historia, ya que empieza en el capítulo V, del tomo II, en la página 251, y se extiende hasta el capítulo VIII, página 296. El recurso se utiliza a propósito de la conversión sincera de un extranjero, Wélster, hacia la religión católica por el amor de una mujer, Carlota, y por ella se bautiza, pero también porque la reconoce como única y verdadera; sin embargo, no es el único obstáculo, pues Tadeo no permite que su hija se case, porque quiere que sea monja para no darle la herencia que le corresponde; en ese sentido, la crítica es a propósito de los padres que obligan a sus hijos a ser o estar donde ellos quieren. Rodrigo dice al respecto “Es usted un hombre pérfido, un ciudadano inútil y un padre verdugo. Por no desmembrar su capital, dándole a su hija la legítima que le corresponde, la va a entregar a la última desgracia, separándola de su inocente amante y condenándola a una eterna desesperación” (Fernández, 1980: 283).

En la obra, por lo general, se ubica un tono serio, solemne, que aconseja

y recomienda, o, incluso, critica de forma explícita las costumbres, creencias y supersticiones de las mujeres; esto, principalmente en la voz narrativa que corresponde a la del Coronel Linarte, quien en todo momento se erige como autoridad en torno a la educación de las niñas, las jóvenes y las mujeres adultas, con la intención que sus receptoras fueran personas honestas, hogareñas, hijas buenas, así como madres y esposas ejemplares, moderadas en sus gastos, apegadas a la vida doméstica, respetuosas de sus semejantes, centradas en la razón y la decencia.

A pesar de contener la obra ciertos elementos novelísticos, se utiliza poco el recurso conversacional entre personajes; el diálogo didáctico lo utiliza Rodrigo cuando alecciona a las mujeres, Matilde y Pudenciana, que representan las interlocutoras ideales, a quienes el coronel moldea y orienta con sus enseñanzas; la polémica se establece con Eufrosina quien defiende su postura de mujer libre, que puede decidir sobre su vida, su conducta y actitudes sin la presencia masculina. Se discute en torno a distintos temas, ya sea educativos, religiosos, morales, etcétera.

En la obra, por lo general, se identifica más el sermón didáctico con tintes de moral que expresa, sobre todo, el coronel a todos sus lectores (as), pero también la discusión o polémica; por ejemplo, en el capítulo VIII, primera parte, el coronel disputa con el personaje denominado Licenciado Narices, acerca de las mujeres, ya que Eufrosina le pide que las defienda de las invectivas que lanzó en su contra, al asegurar que son inferiores respecto a los hombres y “[...] ellas son peores que ellos, porque si los hombres las seducen, es porque las mujeres se dejan seducir, y no sólo les facilitan el camino, sino que los incitan a ello, y casi se los ruegan, como lo he probado; y últimamente si no hubiera tantas mujeres descocadas, no habría tantos hombres atrevidos” (Fernández, 1980:141).

El Coronel, por su parte, de forma moderada pero contundente, le aclara al Licenciado Narices que la educación de las mujeres es responsabilidad, primero, de los padres, después, del esposo, y son los hombres quienes las inducen a los vicios, por lo cual expresa: “En faltando a la mujer una buena educación moral, desde el principio, un juicio bien formado, y algún conocimiento del mundo, aunque sea de oídas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros [...] de seguir sus ejemplos y de rendirse a sus artificiosos ardides” (Fernández, 1980:130).

III. EL LENGUAJE COMO RECURSO DE PERSUASIÓN

El lenguaje literario a pesar de tener fines artísticos, persuasivos, se sirve del material que es común a todos los hablantes, empero, se debe aclarar que en este contexto cobra autosuficiencia. El texto significa más de lo que de forma literal se puede interpretar, por lo cual el escritor utiliza ciertos recursos para darle eficacia y contundencia al discurso, que puede ser de marcada inclinación edificante o bien estética, dependiendo de la época o la corriente literaria en la que se ubique la obra y la intención del autor.

Un recurso recurrente en la literatura es el epíteto, que se define como el adjetivo que se emplea con fines estéticos o para resaltar las cualidades del sustantivo; sin embargo, Moreiro señala la necesidad de distinguir entre el adjetivo especificativo y el explicativo, el primero precisa y delimita el significado del sustantivo; el segundo, sólo se refiere a la actitud o las ideas del hablante sin dar precisión semántica, el autor aclara que la función del sustantivo es importante, ya que “[...] se trata de una palabra dotada de un gran poder evocador, descriptivo y valorativo. Aporta detalles de la realidad que, o bien son importantes para la correcta pintura de lo descrito, o bien son necesarios para que quien habla exprese su personal visión de las cosas” (Moreiro, 2004:132)

En el caso de la obra *La educación de las mujeres o La Quijotita...*, de Fernández de Lizardi, se identifica el epíteto que cumple una función explicativa, por ejemplo, cuando Eufrosina habla de la costumbre de la gente ruin y miserable de amamantar a sus hijos, menciona que esas son faramallas, vejestorias y arbitrios de mezquinos con las que ella no coincide (Fernández, 1980). El autor emplea los epítetos en sentido positivo cuando resalta las cualidades de los personajes moralmente virtuosos, como en el caso del coronel, su esposa e hija, a quienes identifica, por ejemplo, como la sensible Matilde y la amorosa Pudenciana (Fernández, 1980), pero también utiliza el epíteto con sentido inverso, es decir, para describir a los viciosos, ignorantes y perversos como Dionisio, de quien menciona que era de escasa inteligencia e instrucción, por lo cual “siempre hacía el papel de mirón” (Fernández, 1980:423). De Eufrosina señala que era vaga, holgazana, gastadora, presuntuosa; de la beata expresa que era una tonta que incitaba a la risa a quienes la escuchaban; además, califica de ridícula la escena en la que disputa con el coronel. En esta parte, el narrador, se puede decir,

recurre al sarcasmo para ridiculizar los vicios y errores de la gente común, que sólo repite ideas y costumbres obsoletas.

El autor recurre al símil o la comparación, figura retórica que utiliza la analogía y opera por semejanza (Navarro, 2008), consiste en unir dos términos enlazados por una relación de semejanza; en este caso, se comparan las virtudes de la buena familia, así como los vicios y los errores de la mala familia, la educación bien dirigida y la moralmente perniciosa; la mujer decente, sensata y la mujer disoluta, erótica y desordenada, y al hacer esto, el autor también utiliza la antítesis o contraposición, pues, por ejemplo, Pomposa es el personaje contrario en costumbres y educación a Pudenciana, incluso, éstas se contrastan hasta en los nombres; el autor emplea estos recursos con el objetivo de lograr la aceptación entre los lectores de su propuesta pedagógica; por ejemplo, de las mujeres buenas, el narrador dice “No es muy común lograr por esposas mujeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos [...] Sin duda las tenía en su abono el coronel, pues mereció lograr una mujer tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendía y aprovechaba las lecciones morales” (Fernández, 1980:70). Matilde representa a la mujer que respeta y atiende las enseñanzas transmitidas por su marido, éste por su parte recurre a su experiencia y a la razón para educar a los miembros de su familia.

En la novela también está la contra-parte, es decir, la mujer libertina, quien gusta de las modas, las fiestas y los paseos, representada en el personaje de Eufrosina; además, se dice que en la época había “[...] una multitud de señoras que, ocupadas o consagradas del todo al lujo, a la bulla, a la disipación y a peores cosas, se desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo a sus hijos [...] olvidándose enteramente de que son esposas, madres y amas de sus casas” (Fernández, 1980:108) La hija, Pomposa, no puede ser distinta a su progenitora y sigue sus ideas y costumbres; incluso, en la obra se dice que algunos la elogiaban por actuar como su madre, el narrador señala: “Unos decían: *bienhaya la señorita que no es tonta*. Otros: *¡Qué viva es!, todita a su mamá*. Otros: *Dios la guarde*. Y todos a porfía apoyaban y celebraban su necedad, soberbia y mala crianza” (Fernández, 1980:58).

En *La educación de las mujeres o La Quijotita... se recurre a la sátira*, entendida como un recurso que sirve para criticar, evidenciar y ridiculizar los errores, los vicios y las costumbres consideradas vetustas y que se transmiten de forma generacional, sobre todo, entre las mujeres; lo cual resulta

un recurso pertinente utilizado con frecuencia por los autores de la época; José Joaquín Fernández de Lizardi, quien en su afán de demostrar la modernidad de sus ideas y lo novedoso de su propuesta, lo que hace es señalar los vicios y los defectos de la educación tradicional recurriendo a la sátira, a la burla, al escarnio; es decir, el autor en boca de su personaje Rodrigo, en repetidas ocasiones se burla de la ignorancia, de las supersticiones y de las creencias que para él resultan absurdas, critica que las mujeres relaten historias de aparecidos y de fantasmas a sus hijos, con lo cual les infunden miedo y los hacen supersticiosos; el coronel dice de Eufrosina:

[...] muy natural que una señora pusilánime y preocupada como mi hermana se intimidara y se persuadiera a que ve a los espectros que aseguraba ver mi sobrina. Ésta se espantó, gritó y conmovió el espíritu asombradizo de su madre, la que, predispuesta a creer en los diablos y muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó en la verdad de Pomposita, ni se detuvo a examinar la causa de su espanto [...] (Fernández, 1980: 423).

Otro aspecto que también satiriza el coronel es el fanatismo; sobre todo, el religioso, por lo cual discute con el personaje de la tía María, a quien se identifica también como la beata; en materia de religión, el personaje interpreta de forma errónea la doctrina y vive una religiosidad extraviada, cree en apariciones, milagros, y dice detestar a los “herejotes” sin saber quiénes son, y amenaza al coronel con denunciarlo; sin embargo, éste se defiende de forma burlona, porque la considera ignorante y fanática, incluso él habla de “la multitud de milagros y espantos apócrifos que se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sabias, son los que han abierto la puerta a infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones en que el vulgo de todas clases se halla empapado [...]” (Fernández, 1980: 403). Estos recursos se pueden interpretar como guiños que Fernández de Lizardi hace a sus lectores para que entiendan el sentido de la obra, es decir, corregir errores, desterrar vicios, y acabar con las supersticiones en cuanto a la educación de las mujeres.

El paralelismo es otro recurso que se identifica en *La educación de las mujeres o La quijotita y su prima...*, el cual consiste en la repetición de estructuras tanto a nivel sintáctico como semántico, para incidir en los lectores sobre las responsabilidades que deben asumir los padres respecto a la educación de sus hijas, por lo cual en la obra hay escasos diálogos, interac-

ciones entre los personajes; más bien, es el coronel Linarte quien dirige el discurso, en largas construcciones sintácticas que tratan sobre la educación de las mujeres en todos los sentidos, religioso, moral, doméstico, práctico, intelectual, etc.; a nivel institucional, familiar e individual, así como la función y responsabilidad de los hombres en esta labor pedagógica.

Un recurso más identificado en la obra es la aliteración, que consiste en la repetición de ciertos fonemas con determinada frecuencia, esto con la intención de producir cierto sentido, por lo general estético. Las consonantes más repetidas son la r, la s, la c, al respecto menciona el coronel a su hija Pudenciana: “Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma cuando se quiere hacer según conviene, ¿y dime si deberá ninguna criatura dotada de razón despreciar este beneficio, y privarse de sus ventajas, sólo por ser un tonto o perezoso, que no quiera dedicarse a aprender a escribir” (Fernández, 1980: 115).

Un elemento que también utiliza el autor de forma recurrente es el erotema o interrogación retórica, que, por lo general, es una pregunta que se plantea y de la cual no se espera respuesta, con la intención de dar mayor contundencia al discurso y hacerlo más persuasivo, por ejemplo, “¿No es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, después que los hombres, por la mayor parte [...] o son sus seductores o sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducirle leña a un horno y luego incomodarse porque ardiera?” (Fernández, 1980: 131). La voz narrativa pregunta pero, al mismo tiempo, lleva a la reflexión a sus lectores para que acepten sus errores y los corrijan respecto a la educación de las mujeres.

IV. CONCLUSIÓN

Como se ha podido apreciar, en el discurso Lizardiano se utilizan ciertos recursos retóricos para que el lenguaje resultara más aleccionador y contundente, esto es, impactara más en los receptores y aceptaran su propuesta pedagógica femenina. Pretendió que las lecciones pedagógicas y morales fueran claras y eficaces. En sus obras mostró que si se llevaba una vida como la de los personajes Pomposa, Eufrosina, Dionisio, don Catrín o el Periquillo, es decir, si se seguía una mala educación de los miembros de la familia había consecuencias individuales y sociales, porque conllevaría al desorden; en cambio, si los individuos atendían las lecciones del Pensador,

la situación con seguridad sería distinta, porque las familias permanecerían unidas, privaría el diálogo, el respeto, el amor y se fortalecerían los valores. En la etapa pre-independentista, algunos intelectuales buscaban construir un modelo familiar moderno, fortalecido desde sus cimientos, y de acuerdo con los ideales ilustrados que expresó el autor en sus obras folletinescas, literarias y periodísticas.

BIBLIOGRAFÍA

Ayala, Francisco

1984 *La estructura literaria y otras experiencias literarias*, Madrid: Crítica.

Beristáin, Elena

2006 *Diccionario de retórica y poética*, México: Porrúa.

2009 *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*. Ángel Garrido Gallardo (dir.), Madrid: Editorial Síntesis.

Fernández de Lizardi, José Joaquín

1980 *Obras VII-Novelas. La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencia de novela. Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, México: UNAM

Gómez, Redondo

2006 *El lenguaje literario. Teoría y práctica*, España: Editorial Edaf

Lapesa Melgar, Rafael

1997 *Introducción a los estudios literarios*, Madrid: Cátedra.

Moreiro, Julián

2004 *Cómo leer textos literarios. El equipaje del lector*, España: Editorial Edaf.

Navarro Bañuelos, Jesús María

2008 *Diccionario de figuras retóricas*, México: UAZ.